

Una biografía posible

“¿Como aguantar que la mayoría de los que nacen, no tengan ni la posibilidad de pensar quienes son, qué harán de sí, la aventura humana quemada al nacer? O hay un Dios terrible quen te pone a prueba y compensa en el más allá, o no se puede aceptar... por esto no había dejado al PCI ni en 1948 y tampoco en 1956. Los comunistas eran los únicos en negar la inevitabilidad del no-humano”
Rossana Rossanda “La muchacha del siglo pasado” (Pág. 223, ed. It.).

La larga parte de historia vivida, desde dentro y hasta el fondo del partido y del movimiento comunista, otorga por fuerza a esta periodista, política y escritora, una autoridad moral e intelectual, que es referencia hoy como lo fue en la segunda mitad del siglo XX, para una lectura de izquierda de los procesos.

Se puede decir que, dentro de la izquierda “de clase” italiana desde los años Setenta hasta hoy, la visión y la actitud de Rossanda y de los compañeros “históricos” (Magri, Pintor, Castellina, Parlato, Natoli), han continuado alimentando el análisis y han establecido un punto de referencia fuerte para todos aquellos que no se reconocen en las derivas institucionales de la ex-izquierda.

La edición del libro “La muchacha del siglo pasado”, es un excelente pretexto para esta semana de encuentros con Rossanda en España, más aún en un marco de involución política en Italia, pero también a nivel global, que requiere más que nunca capacidad de reacción, cordura y espíritu unitario.

El libro cuenta la experiencia humana y política de Rossana hasta la expulsión del Partido Comunista, con estilo biográfico y de novela de formación. Sus 37 ediciones en Italia han desatado lecturas, opiniones, reseñas de todo tipo. Invito al más ameno paseo por la red, las hay también traducidas al castellano. Sobre todo invito a la lectura del libro, que en la edición de Foca se enriquece de 240 notas, casi nada, para facilitar al máximo nivel la comprensión de los acontecimiento y de los roles de algunos protagonistas políticos. Las notas se encargan de facilitar la comprensión de los procesos, pero sin desequilibrar la clara excedencia de la persona.

En lo privado: la metamorfosis de su propia familia, un ambiente burgués, vivida a las orillas del Adriático entre Pola y Venecia, la caída económica, los años de la formación universitaria, el descubrimiento del cuerpo, la pasión por el arte, el encuentro con Antonio Banfi, el lento aprendizaje político, las elecciones que involucran la esfera afectiva.

Y en lo público: su actividad política en Milán entre los años '40 y los '50, su experiencia de dirigente política, los viajes políticos en Hungría, en la URSS en el '49, a Cuba en 1967, en las conversaciones con Castro y con Franqui, el desasosiego de un viaje por España en 1962, el sentido de desorientación delante de la tumba de Hegel en Berlín y de la de Brecht, las inquietas jornadas parisinas del mayo de 1968, hasta la expulsión, con los demás compañeros del PCI. En medio, las páginas de los encuentros con Togliatti, Amándola, el intercambio con el amable Natta y el respeto por su derrota veinte años después.

Junto con la política ha ido acorde la pasión intelectual, la lenta práctica con el privado de los militantes, el compromiso y los años en la Casa de La Cultura en Milán para repensar a una política cultural después de la derrota de abril de 1948.

“La muchacha del siglo pasado” es la narración de un gran amor echado a perder, escrito para defender la memoria de los comunistas”. Así define el texto Mario Tronti. Y añade: “toda la narración se propone avisarnos, a nosotros y a todos, que existe una existencia de la persona con respecto al perfil. La presencia pública no agota la complejidad humana”.

Advertimos una gran fuerza intelectual y sentimental, terca y humana, pues los puentes no se cierran nunca, y no por devoción, más bien por la responsabilidad, a veces dolorosa, de comprensión y transformación.

En este sentido, de proceso y recomposición continua, no parece que se trate de un gran amor echado a perder, sino de una pasión política y civil, que se retroalimenta en las dificultades y las divergencias...

Una toma de conciencia continuada, un proceso.

Como cuando, todavía militante del PCI, viajó a España, en 1962, para verificar una situación diferente (“tenía un aire polvoriento”) de la percibida, o deseada por la izquierda italiana respecto al antifascismo. La superación del fascismo se dio “en coloquios tranquilos y calculados entre bancos y estados mayores”, y no desde la protesta y la agregación popular. Comprobó que las dirigencias en exilios, todo lo contrario que míticas, no tenían ninguna conciencia del abismo existente y del sentido de impotencia de los militantes. Así como comprobó la atrofia de la solidaridad antifascista europea, y la inesperada estabilidad del régimen franquista... De ese viaje salió el estupendo diario humano y político titulado “Un viaje inútil, o de la política como educación sentimental”(editado en castellano por Laia, 1984).

Esa actitud asertiva basada en opiniones de gran solidez y documentación se encuentra en todo el trabajo periodístico y teórico de Rossanda.

Se advierte la fuerza de este cruce de personal y político, donde cuentan los eventos y también el sentir, las emociones, las laceraciones íntimas y no solo los grandes cambios de la historia colectiva (la guerra, la resistencia, la Hungría del '56, el muro de Berlín, la China de Mao, el '68), y donde, aún no sustrayéndose delante de ningún paso problemático, hay por doquier un sentido de austeridad, una medida del Yo, de alguna manera una contención del sé.

Criada en una generación intelectual que se iba abriendo a las influencias extranjeras y heterodoxas, en la formación de Rossanda toman particular relevancia las obras y el pensamiento de Wolfflin, Cassirer, Lukacs, Husserl, Paci, Marangoni, especialmente los trabajos del racionalismo crítico de Banfi, y de su original cruce con el materialismo histórico. Esta sólida base de pensamiento crítico será el terreno de confluencia de amplísimos horizontes culturales: un exquisito gusto por la historia del arte, la filología alemana, las relecturas de Marx de comienzos de los Sesenta, luego las de Gramsci, el culto del tercermundismo, el estudio del austromarxismo y de Rosa Luxemburg, y poco más tarde las influencias maoístas de la Revolución Cultural.

“...un país de culturas distintas, sobrepuestas, sedimentadas. Y desde el siglo XIX se ha ido separando sobre todo entre el norte industrial y el sur agrícola, el primero más interesado en la Europa moderna (Beccaria, Cattaneo, Verri) y el sur más unido a la iglesia o, cuando laico, a Vico y luego a los coletazos de la izquierda hegeliana. En 1945, caído el manto fascista, Turín y Nápoles, Milán y Palermo, se hallaban muy alejados. Estas distintas formaciones han sido importantes incluso en el PCI. El grupo directivo, aún siendo de origen turinés, se ha relacionado más con la genealogía Hegel-Labriola-Croce-Gramsci (poco Marx) que con el “modernismo” del norte. Mi formación ha pasado, por el contrario –simplificando mucho– por la línea Kant, Hegel, Marx, Lenin, Korsch, Lukacs y luego Husserl y Sartre” (entrevista 20/04/08).

El lenguaje del libro es como roto, anti literario, difícil, a veces aparentemente llano, veloz, siempre paratáctico, sistemáticamente antihistórico. Un estilo frío, laico y racionalista más que iluminista, desencantado a pesar de las pasiones, un estilo que entran ganas de definir filosófico. Se nota una mirada controladamente distante, extrañada a propósito. Como una actriz brechtiana, no se pierde en la historia, no se deja engullir por ella. Y la historia toma vida propia, excede la voluntad de la política de cautivarla, de dominarla doblegándola a un proyecto.

Si tuvieramos que hacer unas comparaciones, no es complejo identificar con quien R. se acompaña idealmente en estas páginas: Por un lado las reflexiones autobiográficas de otra mujer, precisamente Simone De Beauvoir (“Una mujer libre es el absoluto contrario de una mujer ligera”), quizás la historia en público más articulada culturalmente (desde Memorias de una Chica bien, a La ceremonia de los adioses). Rossana Rossanda, frecuentó a Beauvoir durante más de treinta años. Razonando sobre el texto El segundo sexo: «El segundo sexo es mucho ella, la inmersión de los problemas en las largas olas de la historia, el rechazo de todo esencialismo o metafísica, un gran trabajo de investigación, ningún sentido de inferioridad o resentimiento”.

Otra probable fuente de referencia son las páginas austeras de Luigi Pintor (Servabó, La Níscola). Es una espléndida ocasión para recordar a este compañero, expulsado del PCI junto con Rossanda en 1969, la otra alma del Manifiesto, de ese proyecto de información comunista cualificada, crítica y teórica, que dura hasta nuestros días. Y no solo diario, sino proyecto político, en ocasiones concretándose en formación institucional con ambiciones de representación o unión de la izquierda de clase. En su último artículo (24 de abril de 2003– Sin confines), anotó:

“La izquierda italiana que conocemos ha muerto. No lo admitimos pues se abre un vacío que la vida política cotidiana no admite... La representación de la izquierda, encina rota y margarita seca y olivo sin tronco, están fuera de escena... Han alcanzado un nivel de subalternidad y sujeción no solo a las políticas de la derecha, también a su punto de vista y a su mentalidad en el marco intencional e interno...

No hace falta un cambio, más bien un removimiento. Muy profundo. Hay una humanidad dividida en dos, arriba o debajo de las instituciones, dividida en dos partes irreconciliables en la forma de sentir y de ser, pero no de actuar. Nada de maniqueo, pero hay que marcar otro confín y establecer una extraneidad con la otra parte”.

Precisamente, hace pocos días, el señor de las televisiones ha vuelto con prepotencia al gobierno en Italia, de la mano del xenófobo de la Padania. La Liga de Bossi ha arrasado en el Norte productivo, ese Norte en su día mítico para las visiones antagonistas de la izquierda.

Aunque los resultados han sido peores que las expectativas, se trata de una muerte anunciada. Estas elecciones han sido la afirmación, en medio de una crisis estructural de modelo y de gestión, de la retórica separatista, de la falsa moral derechista y la chulería teatral e irreverente del poderío económico y mediático.

Y Rossanda, días después de las elecciones italianas:

“El final de la transición italiana de la Primera a la Segunda República, consistía por lo tanto en borrar de la escena institucional cualquier izquierda procedente del movimiento obrero... Hay que injertar lo que acontece en la onda larga que viene de la crisis de los comunismos y socialismos y que la caída del muro simboliza en sus esperanzas y en sus límites... Nunca como ahora ha sido tan extendida la proletarianización, y al mismo tiempo nunca ha sido tan endeble e inadecuada su representación política y una reconstrucción de las formas de resistencia a la mercantilización total de lo viviente. Nunca los proletarios y dominados han estado tan despojados de un referente y de una elaboración a medida del cambio... Se suele decir por todas partes que ya no hay obreros: como si el obrero pudiera existir como figura social sin una subjetividad política colectiva... La conciencia obrera inmediata no consigue desvincularse ni de la presión de la empresa por pagar cada vez menos el trabajo —culminada en el usar y tirar de la precariedad— ni de la pérdida de confianza que otro sistema sea posible”.

Podría decirse que es un sentimiento generalizado. Aunque contemporáneamente se hayan ido desarrollando en el social nuevos sujetos de contestación y afirmación, aún cuando no se dejan abatir, como el feminismo, o se vuelven objetos de revolución pasiva, como puede ocurrir con la ecología, o finalmente no se pierden en veleidades identitarias, no están en condición de conectarse, al revés tienden recíprocamente a excluirse.

“Quizás aquí tenga razón Gramsci, los procesos de liberación comienzan más del espíritu de escisión que desde una solidaridad de intereses...”

Toda la experiencia y el pensamiento político de Rossanda manifiesta una gran sensibilidad hacia las formas de democracia directa, las temáticas de los movimientos, las constantes de la crítica anticapitalista, la reclamación de la urgencia de un estudio y un proyecto unitario de la izquierda de superación del capitalismo; la profundización en las problemáticas de la economía para desnudar los mecanismos del liberalismo; la crítica feminista, eso sí, sin dogmatismos; el laicismo, de cara a los aires conservadores de la Iglesia y a las nuevas morales reaccionarias que van tomando pie; el antiamericanismo declarado y el ostracismo que conlleva; la crítica desde la izquierda de la Unión Europea, como inscrita en la modificación de las relaciones de clase a escala mundial. En definitiva, una visión internacional lúcida y profunda..

Solo indicar una recopilación de los artículos, intervenciones, seminarios, estudios, ocuparía muchas páginas y no lograría ser exhaustiva. Por esta misma razón, propongo que, dentro del marco de la obvia libertad de planteamiento, hagamos un esfuerzo de planteamiento de este encuentro con Rossana, para mantenerlo dentro de unos cauces ricos y productivos para todos, intentando evitar el riesgo de la dispersión.

Acerca del '68, dentro, fuera... y más allá.

Quizás se puede decir que los elementos de disenso dentro del PCI iban madurando ya desde los temblores de 1956 (el XX Congreso del PCUS, el reporte secreto de Krushev acerca de los crímenes del estalinismo, la revuelta de Poznan en Polonia, la insurrección en Hungría, aplastada por las unidades acorazadas soviéticas, la crisis de Suez).

La tragedia de Hungría, especialmente, provocó dos importantes fracturas: la primera entre los intelectuales “orgánicos” y de área del PCI, con la “carta de los 101” (entre ellos Spriano, Asor Rosa, Tronti); la segunda tocó a la izquierda en su complejo pues aceleró el proceso de alejamiento del Partido Socialista Italiano del PCI, lo cual provocará el deslizamiento del partido guiado por Pietro Nenni al gobierno nacional con la fórmula del centro-izquierda. El disenso interno se desarrolló en el PCI, con particular intensidad, en el periodo de tiempo entre el XI (1966) y el XII (1969) Congreso del Partido. El proceso de profunda transformación que caracterizaba la estructura productiva y social italiana (el “milagro económico”, el “take off”), prácticamente el paso de la Italia agrícola a aquella industrial, ponía al mismo Partido Comunista interrogantes inéditos que determinaban en su interior diferentes articulaciones y dialécticas: sensibilidades distintas, de las cuales Ingrao representaba la izquierda, Longo –entonces secretario– el centro, Amándola la derecha.

En el XI Congreso Ingrao ponía el problema ineludible de los instrumentos y de los poderes a utilizar para ir a incidir en la orientación de las fuerza productivas y en la calidad de su desarrollo. En resumen el tipo de relación que el PCI debía mantener con el capitalismo italiano.

En segundo lugar el tema de la “publicidad del disenso” iba mucho más allá de la liberalización de la vida interna de partido. Pertenecía a una dimensión más amplia de la asociación política, tocando la relación entre “gobernantes y gobernados”: el debate, la elaboración que se realizaban en los vértices debían de encontrar la manera de involucrar a la base. En el consecuente análisis de la situación política italiana (caracterizada por un centro izquierda ya desgastado y un partido socialista debilitado por la escisión de izquierda del PSIUP), Ingrao ponía el acento en las vicisitudes que caracterizaban la Democracia Cristiana y el mundo católico en su complejo. La táctica, según Ingrao, debía intentar la ruptura democristiana, liberando las energías representadas por el movimiento de los católicos del disenso (las ACLI, en la gestión Labor, la izquierda CISL, y la nueva izquierda interna a la DC) para construir un bloque social en condiciones de practicar una política de transformación del programa del PCI.

En el Congreso no hubo discusión. Los argumentos de Ingrao fueron tachados de ser “humaredas extremistas”.

Sería interesante, evitando las fáciles condenas de clausura censoria del PCI, verificar con Rossana, las razones y los temores añadidos de esta postura de cierre, para mejor comprender las posiciones, los diferentes tintes entre los principales líderes, y las actividades internas que los compañeros del Grupo del Manifiesto desarrollaron hasta su radiación.

Al mismo tiempo sería interesante conocer cuales fueron las vivencias de ese gran movimiento de masa, dentro del PCI y en el sindicato, si hubo diferentes niveles de comprensión e incluso de debate; como su portada global impactó en la cultura, especialmente de las organizaciones juveniles de partido, como la Fgci (Federación Juvenil Comunista).

Por lo que atañe al escenario político italiano en el fatídico '68, indudablemente el signo unificador en Europa es la irrupción en escena de una juventud estudiantil, que luego se desbordará al social y retomará un contacto indirecto con las vanguardias obreras, desplazando la gran contradicción desde la explotación al poder. Lo cual no puede dejar de preocupar a las organizaciones e instituciones obreras tradicionales, que se le oponen. El nuevo sujeto del “joven” no existía antes y tampoco es hijo de la conciencia obrera, o progresista. Culturalmente hablando, esto es intolerable, particularmente en Italia y en China, o sea en los dos países en donde la clase obrera ha tenido y conservado el rol mayor en el antagonismo de las luchas.

Por tanto en Italia el '68 tendrá la más grande y larga extensión, la elaboración más articulada. Caso quizás único, los intentos de lectura marxista pueden de forma aproximada articularse en tres ejes:

el '68 estudiantil como extensión de la lucha obrera de los años Sesenta (“Contropiano” en Venecia); posición bastante aislada;

la naturaleza mercantilizada de la cultura en el capitalismo avanzado, por tanto la Universidad como productora de mercancía (Trento);

el devenir de la escuela de formadora a formadora de fuerza de trabajo calificada, proletarizando “objetivamente” a los estudiantes (Pisa).

Todas aseveraciones verdaderas, aunque no del todo suficientes a explicar el fenómeno del '68. El discurso americano, chino, turinés, y francés del estudiante como objeto de un condicionamiento al poder, terreno de introyección de una cultura de la dominación, el prevalecer de la cuestión del político y del poder sobre la antigua cuestión social de la explotación, son los detonantes difundidos también en Italia. Junto con una conciencia de la “imposibilidad de parar”, de un deseo ilimitado de “ir más allá”. Lo nunca ocurrido antes: el sentir de una generación de jóvenes que rechaza lo que tiene detrás suyo no como exclusión, sino como promoción. Con todas las consecuencias respecto a la imposibilidad de darse nuevas estructuras o plataformas.

La radicalidad de las contradicciones del '68 llamó en causa bajo varias perspectivas, la autonomía del individuo respecto al sistema. Y con ella, la función del saber en la sociedad; la formación como libertad; el ensamblarismo como forma “otra” respecto a las

dimensiones existentes de la política; la crítica de la modernización capitalista; la búsqueda interna al proceso productivo de las vías de relanzamiento de una subjetividad obrera antagonista (los consejos de fábrica)... Más en general el intento cumplido de superar la alienación producida por la sociedad occidental.

Un eje indudable fue el surgimiento del primer movimiento de masa “el movimiento estudiantil” no hegemonizado por el partido y el descubrimiento que ese movimiento no se conformaba con luchar encerrado en las universidades, sino intentaba juntarse, aún con ingenuidades y errores de espontaneísmo y dogmatismo, a los obreros más jóvenes llegados a la política cuando ya el Pci estaba ausente de las grandes fábricas.

Rossanda escribe del '68, publicando en el mismo año, per Di Donato “L'anno degli studenti”.

Del cual traducimos la parte siguiente:

“Hace falta comprender las razones, la problemática presente y la perspectiva. Y no solo a través de la conciencia que el movimiento tiene de sí. ¿Porqué pues, nace en la Universidad? ¿Porqué ahora? O, más exactamente, ¿porqué es hoy que los estudiantes descubren en la universidad y en el proceso mismo de transmisión y formación cultural el mecanismo de un condicionamiento de clase, y por tanto no soltando rechazan esta universidad, sino la sociedad que la produce?”

No responden a esta pregunta muchas de las aún interesantes interpretaciones que florecen desde algún tiempo alrededor de las orígenes del movimiento estudiantil. Recientemente un agudo psicoanalista como Elvio Fachinelli escribía que en esta sublevación se exprimía el “deseo disidente”, estructura permanente de la psicología en el joven. Puede ser. ¿Pero porqué ahora y no hace cinco años? ¿Porqué en la Universidad, más que en otras situaciones sociales? Otras investigaciones intentan de definir la condición particular de los jóvenes, los jóvenes como clase; estas afloran en parte en el mismo movimiento, en parte proceden de una extrapolación del concepto de “clase”. En realidad la definición de un problema de “los jóvenes”,... se hace interesante solo cuando en el foco de una generación confluyen conflictos sociales y maduraciones políticas que precipitan en una crisis o cambio de las formas de ser o de los valores. Bajo este perfil aparece más adecuada la observación de Marcuse, cuando vio en una parte de los jóvenes, los estudiantes, el lugar social donde más rápida y total aparece la toma de conciencia subjetiva del carácter represivo del sistema, su inhumanidad disfrazada... Estamos delante de un momento de sublevación de los jóvenes, y de los jóvenes intelectuales, los estudiantes; y no de una revuelta como crisis ideal, resuelta en nuevas posiciones ideales, sino como acción y conflicto. Considerarla ilegítima porque los estudiantes no son una clase es tan formal y estéril como quererla legitimar a través de una asimilación directa de toda la juventud a la condición y al rol de la clase obrera. Si a una condición de clase, en el corazón de la inmediata relación capital-trabajo puede no corresponderse de inmediato una conciencia de clase, vale también lo contrario: o sea, puede darse una toma de conciencia relativamente distante de la inmediatez del mecanismo capitalista, vivido personal y directamente como es en la condición obrera.

En definitiva, no menos relevante es el fenómeno, por tratarse de una toma de conciencia subjetiva al límite de una evidente contradicción material. De lo contrario, se presenta como insoportable, una contradicción típica del capitalismo maduro, de la cual hay que identificar también las bases materiales, y que, por la misma originalidad de su explosión y de sus formas ideológicas, denuncia un retraso en la elaboración y por tanto una crisis de hegemonía por parte del movimiento obrero.

Una serie de factores parece haberse condensado en Italia para producir la explosión estudiantil del '68. Un dato social de base: la relación entre la ampliación del empuje a la instrucción y los mecanismos del sistema capitalista italiano; la parcialidad de las interpretaciones y de las respuestas que a este problema han dado las fuerzas políticas, gobierno y oposición. Y al mismo tiempo el ponerse en marcha de mecanismos reveladores a escala mundial, en consecuencia de la agudización de las contradicciones y de los conflictos de clase. A la origen del año de los estudiantes está Vietnam, el descubrimiento de la guerrilla latino-americana y la quiebra emblemática del personaje del "Che". Está el desgaste de la fórmula política que pareció innovadora a comienzo de los años Sesenta, bajo el empuje de los conflictos de clase cada vez más duros. Están la fatiga y las tensiones del movimiento comunista en Occidente. Está la Revolución Cultural en China. Cada uno de estos hechos contribuirá a completar ese detonador que provocará, desde noviembre al momento en el que se escriben estas líneas, el nacimiento y crecimiento del movimiento de los estudiantes."

(Rossana Rossanda, El año de los estudiantes, Di Donato, Bari, 1968)

A distancia de veinte años del '68, en la última entrega mensual de una publicación especial del Manifiesto sobre el '68, que queda uno de los mejores estudios/propuestas de reconstrucción en absoluto, Rossanda, haciendo un balance provisional, escribe:

"El '68 representó un punto límite del conflicto en el "caso" italiano; tanto el alma estudiantil como la obrera mudaron hasta el punto de no retorno. No solo, fue uno de esos conflictos que, por la total diversidad de lenguaje de las dos partes, por la radicalidad cultural que los animan, no consiguen devenir "revolución pasiva", ser absorbidos modificando el terreno, el frente, la clase absorbente. Todo cambió, y no porqué asumió las razones de aquel empuje, sino de manera de negar su fundamento..."

La escuela antes se derrumbó por casi diez años, sin intentos de intervenciones reformadoras como en Francia, luego se recompuso en atonía y selectividad y buscaría en otros lugares sus "modernizaciones", cuando las encontrara... Respecto al nuevo movimiento obrero, después de la verdadera epifanía de los años 69-72, tendríamos antes un crecimiento y luego su destrucción física, en la mutación tecnológica y de los lugares, primero la gran fábrica, y del tiempo de trabajo, al menos de aquello que parecía el "verdadero" trabajo, aquello de la industria. Los jóvenes se adaptan a la miseria de una cultura que no es ni una mercancía preciada ni una palanca para mover algo, con la excepción de modestos destinos personales. Los movimientos juveniles fueron más allá y se infringieron sobre diferen-

tes escolios, uno de ellos, no cierto el mayoritario, sí el más denso de consecuencias por el impacto también simbólico de la sangre derramada y de los súper juicios y de los súper cárceles, fue aquello de los movimientos armados.”

(Rossana Rossanda- El año rechazado. Un balance provisional después de la fatiga de recordar, 1968, n° 12 diciembre, Il Manifesto Especial '68, 1988)

A partir del '68, a custodiar la autonomía de los focos de movimiento fueron dos razones...De una parte la aparente irreductibilidad entre movimiento e instituciones, siendo la institución cristalizada por su propia naturaleza. De la otra, la crítica a la forma partido clásica del movimiento revolucionario, que era aquella leninista, y que no había impedido, quizás por lo contrario favorecido, el “revisionismo” de los comunistas históricos. El florecer del discurso sobre los “consejos”, el descubrimiento de Rosa Luxemburg hasta entonces conocida en Italia tan solo en el trabajo de personalidades individuales, como Lelio Basso o Luciano Amodio, hasta la recuperación de Pannekoek (junto al silencio o a la distracción acerca de los consejos en Gramsci y hasta en ese super consejo que fue la Comuna de París, extrañamente ignorada en Italia como exaltada por la revolución cultural china), fueron la consecuencia de la única forma en la que el movimiento se reconociera: la democracia directa fundada sobre el sistema de asamblea y el mandado directo, provisional, vinculante y revocable. A la raíz de estas convicciones se arraigaba una postura respecto al carácter immanente del comunismo, en cuanto la expresión directa e inmediata de los sujetos debía de considerarse madura, sin necesidad de otra mediación cultural, e integralmente alternativa; además se hacía innecesaria tanto la dictadura del proletariado, como su corolario, el partido como guía superpuesta al movimiento. El comunismo se volvía enseguida expresión de sí sin mediaciones, el fruto de una sociedad capitalista avanzada, en la que la revolución social podía renunciar a la revolución política.

El sentimiento que había que salir de la escuela es también la premisa de los interrogantes del movimientos acerca de cómo constituirse en un frente y en un proyecto. La historia de estos pasajes anda desde el otoño del '68 hasta el '69, cuando, en presencia de un cuadro social explosivo por la insurgencia del nuevo movimiento obrero, el movimiento no confluyó, sino se fragmentó y mudó en los grupos de la nueva izquierda.

Entre las problemáticas comunes, las de la línea y de la organización, estrictamente entrelazadas y con diferentes tonalidades, según la procedencia teórica y la visión de medio y largo plazo. La línea, que a finales del '68 se delineaba como momento creativo de elaboración, “forma” de crecimiento de las potencialidades del movimiento, constituirá en adelante el discrimen entre partidos y movimientismos, marcando a lo largo de todos los años Setenta su referencia en el “modo de hacer política”, como determinante, más o menos visible, de la línea y de su formarse y modificarse.

“La utopía está allá, al horizonte. Me acerco dos pasos, ella se aleja dos pasos. Ando diez pasos y el horizonte se desplaza de diez pasos. Por cuanto ande, no la alcanzaré nunca. ¿Para qué sirve la utopía? Sirve para esto: para andar” (Eduardo Galeano).

Redactado por Giuseppe Maio

II Manifiesto

El nacimiento del grupo *Il Manifiesto* se produce desde y en las mismas entrañas del Partido comunista italiano en los dos años inmediatamente precedentes al fatídico '68.

El primer número de la que nació como revista mensual, ve la luz en el verano del '69 y es uno de los desenlaces a los que llega la larga y compleja historia de la disidencia de izquierdas dentro del PCI.

Para contextualizarlo, si bien muy por encima, quizás haya que situarse en el ambiente intelectual milanés de finales de los años 50, que iba rompiendo con el clásico historicismo de raíz marxista y meridionalista (De Santis, Labriola, Gramsci) para alimentarse de figuras centrales como la de Fortini y Solmi, la escuela de Francfort y la izquierda intelectual francesa y especialmente de Sartre; la Casa de la Cultura dirigida por Banfi y sucesivamente por Rossanda; la aparición del catolicismo democrático y el empuje montiniano.

En el origen y base del disenso interno del PCI se hallaban los ecos de los lejanos temblores de 1956, los hechos de Hungría, el dossier secreto de Krushev, los crímenes cometidos por el estalinismo. Pero más en general, también estaban las posiciones “conformistas” tomadas por el PCI, su primacía sobre la estructura de partido y el centralismo democrático.

Disenso, partido, diario: Il Manifiesto, diario comunista.

En el contexto del “milagro económico” italiano, iban madurando, en la disidencia interno del PCI, las posiciones de Ingrao, quien sin renunciar nunca al rol esencial del Partido, intentaría levantar ya en el XI Congreso de 1966 cuestiones de gran

enjuiciamiento como la del “modelo de desarrollo” y la de hacer pública la disidencia. En el primer caso Ingrao (esquemmatizando, en contra de las corrientes del centro de Longo y de la derecha de Amendola), ponía el ineludible problema de los instrumentos y de los poderes (de las fuerzas) a utilizar para incidir en la orientación de las fuerzas productivas y en la calidad de su desarrollo. Estaba en juego el rol que le pertenecía al PCI en relación al capitalismo italiano, las vías, los procesos, los sujetos con los cuales el PCI contaba para influir en el capitalismo.

Lo cual le llevaba a Ingrao a pensar en una táctica que facilite la ruptura del partido del poder, la Democracia Cristiana, liberando las energías del movimiento de los “católicos del disenso” -las ACLI, la izquierda de la CISL, y la nueva izquierda en el interior de la

Democracia Cristiana-, alimentando así un nuevo bloque social de transformación. La posición minoritaria de estos planteamientos, y de los de otras agregaciones que se iban formando, entre ellas la de *Il Manifesto* (con escaso espíritu unitario y quizás mucho protagonismo), fue liquidada sin discusión bajo la etiqueta de “fumisterías extremistas”.

Luego, la radicalidad de las contradicciones del '68 puso en evidencia, desde varias perspectivas, la autonomía del individuo respecto al sistema. Y con ella, la función del saber en la sociedad; la formación como libertad; el asemlarismo como forma “otra” respecto a las dimensiones existentes de la política; la crítica de la modernización capitalista; la búsqueda en el interior del proceso productivo de las vías de relanzamiento de una subjetividad obrera antagonista (los consejos de fabrica)...Más en general el intento real de superar la alienación producida por la sociedad occidental.

Un eje indudable fue el surgimiento del primer movimiento de masa “el movimiento estudiantil” no hegemonizado por el partido y el descubrimiento que ese movimiento no se conformaba con luchar encerrado en las universidades, sino intentaba juntarse, aún con ingenuidades y errores como el espontaneísmo y el dogmatismo, con los obreros más jóvenes llegados a la política cuando ya el PCI estaba ausente de las grandes fábricas.

En 1969, otoño caliente en Italia, se llevó a cabo la expulsión del partido del grupo de *Il Manifesto*. Si la idea de una revista autónoma es del verano de '68, el primer número del diario *Il Manifesto* saldrá efectivamente solo un año después, precisamente el 23 de junio de 1969. El grupo promotor del diario (Rossana Rossanda, Lucio Magri, Luigi Pintor, Aldo Natoli, Valentino Parlato, Luciana Castellina) le dará una frecuencia mensual, llegando el primer número, con las reimpresiones, a vender 55.000 copias.

En una primera fase, fueron conciencia crítica, “grillos habladores” como se los identificó en la izquierda, institucional y de clase, que siempre les achacó una actitud mediadora y pseudo-intelectual, por su cuidado en tender puentes con el partido comunista y el rechazo de las formas extremistas y autónomas que no trabajasen con una perspectiva unitaria de la izquierda.

Intentaron darse formas políticas institucionales (de 1970 es la publicación en la revista de las *Tesis para el Comunismo: una plataforma de discusión y de trabajo político para la unidad de la izquierda revolucionaria*) como, por ejemplo, la construcción de una fuerza política. En esta fase se calientan los motores para el nacimiento de una fuerza política con veleidades parlamentarias, en medio de una difícil convivencia con los grupos de la izquierda extraparlamentaria, especialmente Avanguardia Operaia y Lotta Continua, que acusan *Il Manifesto* de intelectualismo y reformismo.

Mientras tanto las energías del grupo se iban concentrando en el nuevo ambicioso proyecto editorial, la transformación de la revista mensual en diario. *Il Manifesto Quotidiano* verá la luz a finales de abril de 1971.

La presentación del nuevo partido con listas propia a las elecciones anticipadas del 7 de mayo de 1972, a pesar de la presencia de Pietro Valpreda como jefe de lista en tres importantes circunscripciones, fue un verdadero fracaso: tan solo el 0,7% de los votos y ningún diputado.

El movimiento derivó hacia el punto de implosión “anómalo” del ’77, hacia la crisis de representación de la política, el virus de lo “personal”, y el reductivismo de la visión de futuro, cuyos ejes ya habían sido liquidados por parte del PCI.

Los años entre 1972 y 1975 estarán dedicados a la construcción de una difícil unidad con otras dos formaciones derrotadas en la prueba electoral de 1972, los católicos del Movimento Popolare dei Lavoratori (MPL) de Livio Labor y el PDUP, que a su vez reunía los restos —no reincorporados entornados en el PCI o el PSI— del Partido Socialista de Unidad Proletaria (PSIUP, nacido en 1964 de una escisión a la izquierda de los socialistas de Pietro Nenni), conducidos por Vittorio Foa e Silvano Miniati.

En 1975 el PDUP se presentó a las elecciones regionales, en algunas circunscripciones en solitario, en otras junto con Avanguardia Operaia, y en las elecciones generales de 1976 dio vida, con la misma AO y Lotta Continua, al cartel de Democrazia Proletaria. En todos los casos, los resultados son poco satisfactorios. Entre febrero y marzo de 1977 el diario *Il Manifesto* dejó de ser órgano del PDUP para volver a ser solo periódico comunista. A las elecciones generales de 1983 el PDUP presentará sus candidatos en las listas del PCI, partido en el que confluirá al año siguiente. Es el final de un recorrido de 15 años entre movimientos e instituciones.

El deslizamiento que implican el “Compromesso Storico” y la política de “Solidaridad Nacional” darían pie a la moderación berlingueriana, con el objetivo de tranquilizar al capital y a la clase media sobre las intenciones reales de los comunistas italianos, sobretudo después del susto trágico de la experiencia chilena de Unidad Popular. Más que un cambio de rumbo del PCI, en la “nueva estrategia” se ve el continuismo con la visión y la dirección política de Togliatti y con el meridionalismo del partido. Sea como sea, el resto de esta historia, que es la del mayor movimiento obrero, y del mayor partido comunista de Europa, tomará el rumbo conocido: desde la derrota del socialismo real en 1989 y la “svolta” di Occhetto, a la liquidación de todo valor, incluso socialdemócrata, del cartel retórico, oportunista y generalista de Veltroni. La intención manifiesta del nuevo líder del PD es la de avanzar rápidamente hacia un bipartidismo más allá de cualquier previsión, para plasmar y hegemonizar un gran centro.

Si es verdad que hay que tocar fondo para buscar las energías de la recuperación, no hay duda de que estamos justo ahí.

La trayectoria de *Il Manifesto* a lo largo de sus casi 40 años de existencia ha sido enormemente accidentada y la razón obvia ha sido su funcionamiento dentro de un sistema económico cuestionado, cuando no abiertamente rechazado, por su línea editorial. Su nacimiento en un entorno ideológico claramente antisistema cristaliza en el apoyo y difusión, prácticamente en solitario durante décadas, de los restos de una cultura antagonista. Nadie mejor que este periódico encarna en el panorama de la prensa escrita italiana la voluntad de sostener un medio de difusión no solo de información, sino de valores culturales diversos y divergentes a los de la clase dominante.

La reducción de las tiradas significa algo distinto para los restantes periódicos: para ellos implica su redimensionamiento como articuladores de pensamiento de un nivel más alto en el contexto del pensamiento dominante; y no olvidemos que esa articulación de pensamiento revierte hacia los otros medios más generalizados en múltiples formas, incluyendo

su frecuente comentario incluso en programas específicos dedicados a sus cabeceras, a la vez que resulta clave en el interior de los partidos políticos afines (u opuestos) a la hora de la toma de decisiones y elección de estrategias. *El Manifiesto* continúa con un rol reflexivo y crítico, desgajado de una propuesta político-organizativa concreta.

Lo que le afecta es otra tendencia nada inocente. En las actuales circunstancias la supervivencia de un medio escrito está fuertemente condicionada por la publicidad. Es prácticamente imposible mantener un periódico de tirada diaria en los quioscos a un precio aceptable sin inserciones de publicidad y son numerosos en Europa los fracasos en la supervivencia de cabeceras de prensa alternativa por esta razón.

El boicot por la mayor parte de los anunciantes hacia medios no integrados es el problema. Y es un problema no menor ya que acaba poniendo en tela de juicio el propio ejercicio del derecho a la libertad de expresión que viene, así, regulada de facto por el propio mercado —no el de los compradores, sino el de los anunciantes— que limita su ejercicio a los ámbitos de

interés de las fuerzas económicas. Si esa capacidad de articular pensamiento que corresponde a la prensa escrita les resulta deseable en el caso de quienes juegan a un juego afín, ningún medio fuera del discurso dominante debe sobrevivir para no cumplir un papel articulador de pensamiento antagonista a éste. La destrucción de una cultura propia a las clases subalternas mediante la universalización de la cultura dominante a través de los medios masivos de comunicación, especialmente la televisión, tiene su continuación en este juego. Y no olvidemos que lo que hace diferente a *El Manifiesto*, su capacidad de permanecer a lo largo de estas casi cuatro décadas, está ligado a su indudable capacidad de adaptar el pensamiento a las nuevas realidades, que es precisamente lo que lo hace peligroso.

Además, la opción por una empresa cooperativa constituye una apuesta por la participación de los trabajadores en la gestión empresarial. En última instancia se propugna una coherencia entre la línea editorial y estas formulas de gestión. *El Manifiesto* no parece resignado a rendirse.

Son numerosas las iniciativas para consolidar y expandir sus ventas, sobre todo en el ámbito de las promociones, especialmente de cds musicales, que ha supuesto la consolidación de una línea de calidad ampliamente reconocida por la crítica. Es destacable asimismo el acuerdo con *Le Monde Diplomatique* para su distribución junto con *El Manifiesto*. Pero, por concretar algo más lo antes señalado, aunque las ventas han mantenido un promedio de 29.000 ejemplares durante el año 2005 y la facturación ha sido de 17,5 millones de euros, el escaso 9,6% de ingresos por publicidad frente al 50% de otros diarios constituye una losa para la viabilidad del proyecto.

Ante esta situación la editora ha lanzado una campaña para recabar la solidaridad internacional, lo que ha iniciado un debate sobre la necesidad del mantenimiento de medios alternativos en soporte papel que ha implicado a numerosos colectivos de diversos ámbitos de la izquierda europea y del movimiento alterglobalización. En última instancia la defensa del mantenimiento de este proyecto editorial, más allá de la defensa de los puestos de trabajo, pasa por considerar la necesidad de que exista una prensa independiente capaz de articular pensamiento crítico, de contribuir a ofrecer una visión del mundo

alternativa en general, y alternativa a la de la prensa escrita convencional. A pesar de que la Red ha supuesto una apertura de nuevos canales de comunicación a discursos divergentes al dominante, la posibilidad de dirigirse a grandes sectores de la población sigue condicionada al posible acceso a los medios de masas tradicionales: prensa escrita, radio y televisión. La pregunta es si la defensa de los valores de una cultura antagonista puede hacerse, y a un nivel de reflexión y de concreción suficiente, sin ella.

<http://www.ilmanifesto.it/>